

Estas líneas las traen todavía los últimos vestigios de la Fiesta Mayor, para recoger la nostalgia popular que de ella queda cada año. Y esta nostalgia es una prueba evidente, incontrovertible, de que nuestra Fiesta vive, todavía, en el corazón del pueblo. Es lo que pregonamos siempre, cada año, si bien con el temor de que algún día nuestro pregón de bienvenida para los forasteros suene a canto funeral.

Pero no. Nuestros temores se ven desvanecidos un año y otro año. Habrán muchas otras fiestas en el verano, pero ninguna deja la añoranza en el espíritu de nuestro pueblo como la Fiesta Mayor.

Y es que ella lleva consigo raigambre tradicional que no se borra así como así.

Hay unas instituciones, una de ellas por lo menos, que debe subsistir. Sea tan sólo para gozar de la Fiesta Mayor y seguir guardando la herencia que nos ofrecieron y que ofreceremos nosotros a la vez. La estructura, las paredes de esta institución es cuando mejor nos hablan, en estos cuatro días primeros de agosto. Y los músicos que se colocan en estas paredes, músicos tan familiares de los guixolenses, son los que nos hacen gozar más intensamente de la fiesta.

Si. Queda añoranza cuando ellos se van. Queda nostalgia cuando los velámenes han desaparecido y solamente quedan los surcos. Cuando flotan todavía en el ánimo de los jóvenes las últimas cadencias del vals que cerró aquellas cuatro noches de jolgorio.

Cuando, para los pequeños, queda un círculo marcado en el suelo, allí donde antes había unos caballitos graciosos

(Termina en la pag. 3)

SAN FELIU
DE GUIXOLS
9 AGOSTO 1956

Núm. 445

Año IX

AVISO

SAN FELIU DE ANTAÑO

BATEOS Y VARAS

Pocas garantías de *formalidad* puede ofrecer el encabezamiento del presente comentario, pero siendo ciertos, indubitables, los hechos que presento, bien puedo tomarme la libertad de aliñarlos a mi manera, por mas inverosímil, discorde o disparatada que parezca la relación que pueda haber entre el padrino de un nene y un picador de toros, y, por ende, entre un bateo y la *suerte de varas* de que me valgo para sintetizar el título.

No anduvieron escasos nuestros abuelos en eso de los bautizos, que rodearon, por contra y con bastante frecuencia, de gran fausto y de unos atractivos que difícilmente pueden verse superados en la historia de otros pueblos. No sería hacerles demasiado honor si afirmáramos que el primero de los sacramentos de la Iglesia lo celebraban de manera muy solemne, y que tras sus saludables y regeneradoras aguas solía acometer otro abundantísimo caudal adecuado a las reglas que imperaban en tales acontecimientos. Así, al escudriñar el pasado de nuestra ex-villa, vemos a la mayoría de los bautizos rodeada de novedad y de circunstancias. Sirva de botón de muestra una de aquellas ceremonias cuya comitiva, precedida de brillante música, se dirige al templo parroquial, ataviados los varones con la típica barretina, y luciendo las damas y señoritas preciosísimas mantillas a la española. Y vemos después del solemne acto religioso a los invitados dirigirse hacia un espacioso local donde se sirve un espléndido banquete-cena de un centenar de cubiertos, improvisándose luego un baile a toda orquesta. Distinguimos, también lejanamente, una multitud de chiquillos debajo del balcón del recién bautizado, de donde ha de surgir una espesa nube de dulces y baratijas, acompañada de una no escasa granizada de monedas de plata!

Otros rasgos vienen finalmente a demostrar que en otros tiempos no estaban reñidos los deberes filantrópicos con las pompas a que acabo de referirme. Cierre el lector los ojos y tenga la bondad de trasladarse, volviendo pié hacia el ambiente de tres cuartos de siglo atrás, a una humilde mansión de la calle de la Cruz, donde acaba de dar a luz un precioso niño una mujer a la que hasta el consuelo del marido le falta por estar éste cumpliendo el servicio de las armas. Los vecinos, al tener noticia de lo que ocurre en aquella reducida estancia y de la miseria que en ella domina, porque allí faltan los más primordiales menesteres, acuden todos, sin

excepción de clases, y no solo cuidan de que a la madre nada le falte, sino que deciden apadrinar a la criatura considerándola digna de un bautizo en consonancia con sus humanitarios sentimientos y con las prácticas a la sazón imperantes, siendo padrinos Don Aníbal Barris Iglesias y la Srta. Dña. Angelita Lloveras y Puig, de grata memoria, que espontáneamente convirtiéronse en protectores del chiquillo...

Desengañémonos: los bautizos de hoy no podrían celebrarse de tal manera. Eso que la ciudad moderna tendría por mojiganga significaría gastar tontamente el dinero. Las granizadas de confites y de monedas de plata pasaron a la historia, y tengo yo por cosa cierta que a la gente menuda no le importa ya la cosa de los bautizos. Así, demos por terminado este capítulo.

Volviendo a aquello de la *formalidad* de que en principio se habló, opino que el lector tiene derecho a que se le diga algo que cuadre con lo de la *suerte de varas*. Pues bien: Un buen amigo mío, por supuesto de edad más avanzada que este su servidor, me hablaba tiempo atrás de otro de los acontecimientos que suelen figurar en el catálogo de la existencia; esto es, de cuando se casó. Fuese (¿como no?) a entrar en la luna de miel a la capital catalana en ocasión de las Ferias de la Merced. Al llegar a la gran ciudad una de sus preocupaciones consistió en adquirir entradas para la *primera de feria*. Lidiábanse bravos toros andaluces, datados de enorme poder, figurando en el cartel los diestros *Minuto, Janaro y Fabrilo*...

En verdad, no podría encontrarse en la comarca población con tanta *sangre torera* como la ex villa nuestra. Imaginemos cual sería la estupefacción del citado *ganxó* al darse cuenta, a la salida de las cuadrillas, de la presencia de un apuesto torero de a caballo, un picador de la compañía de *Minuto*, que resultaba ser el guixolense *Peleon*, tan conocido en San Feliu con este nombre que supondremos postizo por no figurar en los santorales. Ese era, según mi amigo, *Peleon Barris*, hombre amante de la aventura y hermano de Don Aníbal, el ilustre, bondadoso y meritorio padrino cuyo recuerdo acabamos de evocar.

Fáltame ahora averiguar si a nuestro *picador* no lo habrían *bautizado* con el al parecer apodo de *Peleon* los de la cuadrilla de *Minuto*. Pero sea de ello lo que fuere el caso es que hubo *picador* y ya verá el lector que he cumplido mi palabra.

J. Soler Cazeaux